

LA SOCIEDAD ANTE LA GUERRA

Vicente Ibáñez Rojo

1. Definición de guerra

Suele definirse la guerra atendiendo a sus rasgos más destacados: fenómeno cruento, que se ejerce de forma colectiva y organizada, con propósitos destructivos y sometido a ciertas normas (Bouthoul, 1971).

En las distintas definiciones se destacan ante todo los siguientes elementos:

- Es de naturaleza política: “la guerra es la continuación de la política por otros medios” diría Clausewitz, a lo que los seguidores del primer Lenin respondían: “la política es la continuación de la guerra por otros medios”.
- Es un fenómeno colectivo y organizado, normativizado y reglamentado
- Orientado a provocar daños a otros
- Está protagonizado por organizaciones políticas (no grupos económicos, mafias, ...).

Estas definiciones deberían matizarse atendiendo a la evolución histórica de la guerra:

- Hay una mayor implicación de toda la sociedad y sus elementos (civiles, económicos, psicosociales, ...).
- Lejos de declararse explícitamente y desarrollarla siguiendo determinados patrones, se está deslegitimando como fenómeno activo (para conseguir determinados fines) y se desarrolla como “acto inevitable de defensa”. La sociedad occidental tiende a considerarlo un fenómeno no deseable, a abolir. De hecho las últimas guerras (Vietnam, Irak, Kosovo) no se han declarado oficialmente.
- Se ha producido una ampliación de las formas de violencia organizada de características similares: el Estado ya no es el único detentador de la violencia legítima (la reclaman grupos de terratenientes, narcotraficantes, terroristas...).
- Las **guerras totales** donde el conjunto de la sociedad está implicada, poniéndose en juego su supervivencia como grupo (Bosnia), conviven con **guerras limitadas** a un objetivo concreto (expulsar a un dirigente, modificar un tratado, presionar para firmar un acuerdo...). A las tradicionales guerras civiles (Centroamérica) y a las guerras entre Estados (Oriente Próximo) se suman las guerras recientes de “la comunidad internacional” contra un objetivo explícito (ya sea la Alianza Internacional liderada por EEUU contra Irak en la guerra del Golfo o la OTAN contra Yugoslavia en Kosovo).

Si en la primera guerra mundial el 5% de las víctimas fueron civiles, y en la segunda el 50%, en los conflictos bélicos actuales son el 90%. La población civil es un objetivo bélico, y a través de la afectación del tejido social se intenta tomar control del enemigo: ya no se distingue entre combatiente y civil, se viola como parte de una estrategia de limpieza étnica y se toma como objetivo militar el modo de vida de la gente. El uso de la psicología en la guerra o la guerra psicológica es cada vez más relevante (Megret, 1956, Watson 1978). La

tortura sistemática, la propaganda, los desplazamientos provocados de población, desapariciones, ejecuciones, asesinatos, allanamientos, y chantajes planificados como estrategia, son elementos comunes de los conflictos actuales.

2. La guerra como institución

La guerra es una institución perfectamente asentada en la mayoría de las culturas contemporáneas (Moreno 1991). Como cualquier institución la guerra tiene unos **valores** e ideas genéricas que la justifican, unas **normas** que la regulan, unas **colectividades** que giran en torno a la misma y se encargan de darle vida y unos **roles** o formas de actuación normalizada reservados para cada miembro de los grupos que tienen relación con ella, que, en los tiempos modernos, son todos los habitantes de los territorios en los que se desarrolla.

La peculiaridad de la guerra respecto a otras instituciones que también estaban muy asentadas en la organización social (pensemos por ejemplo en la esclavitud) es que los elementos centrales de la misma se mantienen incluso cuando no se dé de forma explícita el fenómeno de los combates, la destrucción, etc. A pesar de que la manifestación explícita de la guerra se da sólo, afortunadamente, cada cierto tiempo y en lugares diferentes, los elementos centrales que justifican la institución como tal, están vivos y se transmiten con rigurosa exactitud de generación en generación. Es muy probable que no sepamos qué hacer ante un terremoto o una inundación, pero en el momento en que nuestro grupo entra en guerra, todo encuentra rápidamente su acomodo, todo está preparado en su manifestación física, social, y emocional y psíquica. A través del servicio militar, los juegos infantiles, los textos, los relatos orales, el cine o los juegos de ordenador, todos hemos aprendido qué es la guerra, y hemos fantaseado sobre nuestro papel en la misma.

Dada esta institucionalización, reconocimiento, y aceptación social, todas las guerrillas, los movimientos armados de liberación o cualquier grupo organizado, luchan para que se reconozca que la situación en la que viven es una guerra. El bando que detenta el poder institucional no suele reconocer al otro como tal, denominándolo terrorista o subversivo y negando que la situación sea de guerra, pues hacerlo supondría reconocer implícitamente cierta legitimidad al otro bando. Y en los momentos actuales, una invitación a la intervención internacional.

3. Respuestas sociales a la situación de guerra

3.1. La sociedad ante la guerra

La sociedad civil se ve afectada de distintas formas en las situaciones de conflicto armado y responde de diferentes maneras (Moreno 1993):

a) La guerra es un fenómeno que *afecta a todos y cada uno de los elementos que constituyen la vida de un país* (región, Estado o territorio). Al cambiar radicalmente las condiciones objetivas de la gente, cambian sus relaciones, sus sentimientos, sus formas de entender el mundo y por supuesto sus conductas. La guerra constituye un orden social explícito, habitualmente completamente diferente al vivido en tiempo de paz. Aunque *no todos los fenómenos sociales que se producen en la guerra son consecuencia directa de la misma* pero la tienen como referencia o como excusa. La reestructuración radical de la vida social (desplazamientos forzosos, separaciones afectivas, pérdidas, cambios de trabajo, de residencia, de estructura de convivencia, etc.) lleva consigo nuevas formas de interacción que generan importantes modificaciones personales y sociales.

b) Además de la destrucción material y humana la guerra provoca una **deshumanización de las relaciones** a través de una destrucción radical de los elementos básicos del vínculo social. Todo se estructura en torno a la guerra y por tanto en torno a una polarización radical en la que todas las energías se deben volcar en la victoria. Al estar todo el entramado social orientado y controlado con ese objetivo, todo lo que se salga del mismo es disfuncional. De forma que, o bien es reprimido o tomado como una maniobra del enemigo o simplemente conceptualizado como absurdo. La vida social se empobrece y gira en torno a la única dimensión posible: la bélica. La delación, la desconfianza, el rumor, la venganza, el uso del poder militar para saldar cuentas que no tienen que ver con la guerra, la ridiculización y otras muchas conductas negativas, forman parte de la lógica funcional del enfrentamiento bélico.

c) El vínculo social y la institucionalización hacen que las mayorías asuman las guerras. Es un proceso que parte de la **polarización** (cuando comienzan las hostilidades es preciso situarse en un bando, la neutralidad o la duda atentan contra la propia identidad del individuo y su relación con sus grupos de referencia, sus amigos, los símbolos y valores con los que ha crecido). Este fenómeno polarizador ha sido expuesto, desde un punto de vista general por Tarde (1890) en su teoría del duelo lógico. Esta polarización lleva a la necesidad de una **justificación** permanente de cualquier acción del grupo con el que uno se identifica (el sentido crítico desaparece). Por último se da una **acomodación funcional** de cada uno de los ciudadanos a lo que "le toque hacer". Llegados a este punto la mayor parte de la población se adapta a la maquinaria social, económica y militar de la guerra y se convierte en asesino, enfermero, trabajador de la cultura, héroe o víctima; los sectores que no siguen este proceso son perseguidos, marginados u obligados a pasarse al enemigo o a abandonar el campo de las hostilidades. La salud mental de los primeros, en tiempo de guerra, es, aparentemente excelente, la de los segundos penosa. Al acabar las hostilidades la situación cambia radicalmente.

d) **Aumento de la cohesión intragrupal**. Como señalaban los primeros sociólogos del conflicto (Cosser 1956) y los estudios experimentales de distintos psicólogos sociales (Sherif 1967, Deutch, 1973) los conflictos intergrupales aumentan la unión del grupo que se cohesionan para diferenciarse y dar más sentido de identidad a sus miembros y potenciar su poder. Los estadistas utilizan la guerra para resolver conflictos internos, como ocurrió en la guerra de las Malvinas.

e) **Desviación social**. Si atendemos al principio anterior, al haber más cohesión intragrupal, lo lógico sería que se dieran menos conductas desviadas (robos, atracos, etc). Es un fenómeno que suele referirse en todas las guerras, pero que no es estable (si la guerra se prolonga la delincuencia común resurge), que lleva a un aumento desmesurado al acaba el conflicto (Cruz y González, 1997) y que no se puede poner en la balanza de los

supuestos efectos positivos de la guerra sino que se explicaría más que como una forma de reducción de la desviación, como una modificación de la misma, ya que la **legitimación-habituación** de la conducta violenta, facilitaría el uso social de la misma más allá de la mera acción política (se acusa al tradicional adversario de apoyar al enemigo).

Existe una asociación entre los conflictos externos e internos en ese sentido: si se utiliza la guerra para resolver los primeros habrá más violencia social. Se produce una **generalización** del uso de la violencia para resolver conflictos, situación muy conocida en los países donde la represión política origina una espiral de violencia difícil de controlar (Chad, Sudáfrica, etc).

f) La crueldad como norma. Algunas teorías de base psicoanalítica (Fornari 1966; Glover 1946; Morris 1974) afirman que la transformación moral que introduce la guerra es un retorno a conductas instintivas y/o irracionales o de **superación de complejos o frustraciones**. Tomar la guerra como agente liberador de impulsos reprimidos por la cultura es una constante en la literatura, siendo lo más frecuente hacer un paralelismo entre guerra y fiesta (Cervantes hace decir a Don Quijote "en el amor como en la guerra todas las armas valen"). El que se den con más frecuencia actos crueles o se multipliquen las acciones de riesgo vital no son sino comportamientos acordes con el ambiente de destrucción y desprecio por la vida en los que la sociedad se mueve en tiempo de guerra. La barbarie sería a la guerra lo que la ternura al amor.

Junto con el desahogo de impulsos agresivos, la **desindividuación** (relacionada la cohesión social) implica que la población de cada uno de los bandos enfrentados, está unida en torno a una idea común que los unifica: acabar con el bando contrario o someterlo. Esta idea tiene un valor absoluto que hace que todas las demás: individuo, familia, cultura, economía, etc., aparezcan como secundarias.

3.2. El trauma psicosocial

Con el término de **trauma psicosocial** Martín Baró (1988) pretendía aludir a tres grandes aspectos que parecen esenciales para una adecuada comprensión de la realidad del trauma psíquico en la guerra:

- 1) El trauma tiene un carácter dialéctico, debe explicarse desde la relación en la que se encuentra el individuo con la sociedad y su historia.
- 2) Por tanto, su comprensión y solución no sólo requieren atender al problema del individuo sino a sus raíces sociales: las condiciones sociales traumatógenas.
- 3) Las relaciones sociales de los individuos no son solo las causantes de los traumas, sino que su mantenimiento es el que alimenta y multiplica los casos de individuos traumatizados.

El trauma psicosocial constituye así la cristalización en los individuos de unas relaciones sociales aberrantes y deshumanizadas. La manifestación sintomática individual de este trauma aparecerá en los individuos biológicamente más vulnerables, más directamente afectados por el conflicto bélico, y/o más desprotegidos:

Personas más vulnerables en tiempo de guerra: Aparentemente los **soldados** son los más expuestos a la guerra. Sin embargo ser soldado entrenado puede ser un factor protector, como indican algunos estudios de Vietnam,

que a su vez señalan que las secuelas se deben a la duración y la intensidad de la vivencia traumática. En situaciones de violencia política y guerra, es la población civil la que más tiempo y con más intensidad está expuesta a situaciones traumáticas. Un sector especialmente expuesto es el de **refugiados y desplazados**, el de **torturados/as y prisioneros** de campos de concentración, y el de **mutilados**, pero hay otras poblaciones de riesgo:

-Los **niños** son más vulnerables si hay desestructuración familiar, por ejemplo los hijos de torturados, los que han perdido o han sido testigos de violencia contra sus familiares. Un caso especial es el de los niños soldados, que se socializan desde la violencia, y no disponen de formación adecuada quedando su desarrollo moral afectado. Los niños también pueden ser sujetos activos en los conflictos y desarrollar una forma de participación propia como los niños palestinos en la Intifada (Punamaki, 1989). A pesar de estos datos se ha comprobado que si los niños disponen de un buen soporte social y familiar no presentan problemas irreversibles en su desarrollo (Moreno, 1992).

-Los **adolescentes** cuya identidad social se construye en circunstancias de guerra o desplazamiento, manifiestan mayores dificultades sociales.

-Las **mujeres** violadas o víctimas de diversos abusos sufren un dolor que habitualmente deben sumar a la incomprensión y a la soledad. Las mujeres deben multiplicar sus esfuerzos para poder mantener a las familias, soportar ser el centro del torbellino afectivo familiar (separaciones, duelos, etc.) y hacerlo habitualmente sintiéndose en el margen del conflicto pues salvo excepciones, son los varones los que las planifican y las protagonizan. La incorporación de los varones a la vida cotidiana tras la guerra vuelve a ser un motivo de conflicto y de carga añadida para las mujeres ante unos varones que pierden de forma radical su papel activo como soldados.

-Los **ancianos**, según las culturas tienen papeles sociales más o menos activos. Si se quedan aislados o desarraigados tienen menos flexibilidad para adaptarse. Por otro lado la experiencia acumulada puede ser un factor protector (Jones, 1995), o poner en riesgo de retraumatizaciones (Solomon 1988).

Personas expuestas indirectamente: Parece razonable asumir que otro grupo vulnerable lo componen las personas que, en situaciones de paz social, necesitan de sistemas de apoyo que desaparecen o quedan muy dañados en las situaciones de conflicto:

-**Población marginada** económica o socialmente: madres sin empleo con hijos a su cargo, desempleados sin recursos, niños sin soporte familiar.

-**Enfermos crónicos** o con deficiencias físicas, o con necesidad de atención permanente.

-**Pacientes psiquiátricos y deficientes mentales**, cuyo estado empeora debido a la ruptura del sistema sociosanitario del que dependen, y la falta de soporte familiar.

El deterioro de la economía y de las infraestructuras como escuelas, hospitales, otras instituciones, impide que estas puedan hacerse cargo de la población necesitada. Por otro lado, el cuidado de esta población se ve afectado por la traumatización de los trabajadores (profesores, trabajadores sociales, terapeutas, doctores,...), que también son víctimas de la violencia social. Nadie queda fuera de la situación traumática.

3.3. La tortura social

Los autores de este capítulo llegaron a Mostar en Febrero de 1994 tras 10 meses de sitio de la zona Este de la ciudad. Su situación se describe en el programa de Salud Mental de Médicos del Mundo en Bosnia (Díaz del Peral, 1994):

“Ciudad sitiada, disociada, dividida y casi totalmente destruida. Los efectos de la guerra se han hecho notar particularmente en la zona Este, que durante diez meses ha sido sistemáticamente tiroteada y bombardeada. Las condiciones de vida son inhumanas, las personas viven en sótanos o plantas bajas en las que prácticamente no entra la luz por la acumulación de sacos colocados para evitar las balas y la metralla. Habitualmente se hacían varias familias en pocos metros cuadrados sin que dispongan de electricidad, ni agua corriente ni servicios higiénicos básicos y con la práctica ausencia de bienes de consumo, incluidos alimentos básicos (solo ayuda internacional). No circula ninguna moneda. Muchas de estas familias han sufrido pérdidas o separaciones o heridos o han sido obligadas a desplazarse. La salida de la ciudad es prácticamente imposible para cualquier habitante local. Hasta hace poco pasear era una conducta suicida debido a los disparos de los francotiradores y granadas, de modo que la gente, cuando se aventuraba a salir, debía correr para cruzar la calle...”.

Es difícil imaginar un campo de concentración peor. Los sitiadores pretendían minar la conciencia de una sociedad mediante la tortura sistemática, es decir mediante el miedo, la generación del sentimiento de indefensión, vulnerabilidad y pérdida de identidad. Cuando se destruían los puentes se pretendía separar a los ciudadanos de su conciencia cultural. Como señala la Dra. Arcel (1997): mediante la destrucción de los pilares culturales de la identidad. Los autores asistieron a un grupo de apoyo con exprisioneros de campos de concentración en el que se decía *“el día más triste de mi vida fue cuando destruyeron el puente viejo. Nos quitaron lo más nuestro que nos podía quedar. Ese puente era nuestra alma. Llevaban semanas burlándose de nosotros diciendo que estaba destruido como forma de acongojarnos, pero nos mantenía vivos la esperanza... El día que cayó el puente viejo murieron muchas personas en el campo, ya no encontraron por qué seguir luchando”*: perdieron los pilares culturales que sustentaban su identidad.

Consideramos que intencionalmente se intentaba de ese modo reducir a un pueblo mediante al tortura. A esto le denominamos **tortura social** (Díaz del Peral, 1995). Con ella se provocan situaciones en las que no existe ningún punto de referencia seguro para vivir, con el objetivo de disgregar el tejido social, romper su sistema de valores y atomizar la sociedad en individuos desarraigados. *Más que ganar una guerra se pretendía desvertebrar un pueblo.* En Mostar vimos muchos hombres y mujeres torturadas, pero, sobre todo, sentimos una cultura torturada, donde la identidad

social estaba casi perdida, dificultando cualquier proceso de recuperación o respuesta como grupo diferenciado.

3.4. La guerra psicológica

La otra cara de la moneda es como psicología social afecta a la guerra. La guerra psicológica no tiene nada de nuevo, y desde la antigüedad los bandos en conflicto han tratado de influir en sus contrincantes a través de variadas técnicas. La aparición de la psicología social a principios de siglo, no tuvo un reflejo público en la técnica militar, pero las investigaciones que desde la II Guerra Mundial se han realizado sobre estas situaciones, han permitido una mejor comprensión de los fenómenos psicosociales que acontecen en situaciones de conflicto social, represión política, y guerra, desarrollando un campo de psicología militar que hasta finales de los años 70 (Watson 1978) era muy poco conocido.

En la reciente guerra de la Antigua Yugoslavia se ha acusado a los líderes serbios, algunos de ellos psiquiatras, de utilizar los conocimientos de psicología para atacar a los otros (Díaz del Peral 1996). La utilización estratégica de la limpieza étnica, la tortura, y la violación de mujeres tendría ese fin. Con hechos de ese tipo se pretende no ganar una guerra, sino aniquilar a un pueblo, quitándole su dignidad, sus recursos comunitarios y los pilares que sustentan su identidad (el caso de la violación de mujeres con el objetivo de embarazarlas de niños del otro bando es uno de los sucesos más refinados y dramáticos en este sentido).

Hoy es una disciplina que tienen en cuenta todos los ejércitos que suelen disponer para este fin de unidades especiales. Aunque tradicionalmente la psicología militar se ocupaba de tres capítulos: la propaganda, la selección de personal y preparación para el combate, ahora su campo es mucho más amplio: técnicas de guerra antisubversiva, estudios sobre la identidad sociocultural del enemigo, etc. Ejemplos de esto los podemos encontrar en el sorprendente manual de sabotaje y guerra psicológica de la CIA (1985), donde se explica a la *Contra* cómo actuar para anular al ejército sandinista y arruinar su economía: “Esta concepción de la guerra de guerrillas como guerra política convierte a las operaciones psicológicas en el factor determinante de los resultados. Los blancos son entonces las mentes de la población: nuestras tropas, las tropas enemigas y la población civil”.

3.5. La comunidad dañada

El ser humano afronta la adversidad valiéndose de una serie de mecanismos personales y sociales. El daño sufrido al no poder obtener satisfacción o al no poder desempeñar determinados roles, se compensa a través de la búsqueda de satisfacciones alternativas o desempeñando otros roles del repertorio personal que adquieren relieve a la luz de los acontecimientos adversos. Quien se reconoce en sus roles de padre, amante, melómano y militante sindical tiene más posibilidades de afrontar un despido o un deterioro en el medio laboral que quien sólo puede reconocerse como profesional reputado, jefe de un equipo o sustento económico de familiares que

dependen de él. La comunidad apoya al individuo que padece la adversidad a través de mecanismos institucionales de previsión del infortunio (hospitales, indemnizaciones, profesionales como la policía, centros asistenciales...) y a través de actos culturalmente establecidos (ceremonias como funerales, diversos ritos iniciáticos, de reconocimiento u otras demostraciones públicas), que favorecen las tareas personales a que nos referíamos más arriba. La familia y las redes sociales modifican sus actividades para apoyar al miembro afectado hasta que consigue reponerse personal y socialmente.

La guerra constituye en sí una adversidad de primer orden. Pero tiene además la característica de destruir estos mecanismos personales y comunitarios que, en otras circunstancias, sirven para afrontar la adversidad. Una madre de familia, esposa amante, trabajadora competente, buena ama de casa y persona orgullosa de su modo de comportarse en la vida, puede verse -como se vieron tantas mujeres de Bosnia- privadas de un mismo golpe de todos estos elementos de identidad al haber sido su marido asesinado o movilizado, sus hijos bombardeados o desplazados, su fábrica, su casa y sus pertenencias destruidas, su cuerpo mutilado y su sentimiento de dignidad personal pulverizado por una experiencia inenarrable de humillación y violación múltiple que probablemente le ha hecho vivir una sensación de fragilidad antes inimaginable y poner en juego comportamientos que, desde el sistema de valores con el que ha regido toda su vida anterior, serían imperdonablemente cobardes e incluso traidores respecto a seres queridos o compañeros de desdicha. Esta violación puede afectar a la familia y a través de ella a la comunidad, que no dispone de elementos para “validar” y superar el hecho, como ocurre con los desaparecidos.

Es cierto que en situaciones de paz algo así puede sucederle a una persona particular, pero entonces los mecanismos institucionales y comunitarios se movilizan para auxiliarla. La guerra destruye estos mecanismos y deja a la víctima aislada o rodeada de otros en su misma situación, sometida al riesgo continuo de muerte y de nuevas atrocidades.

Cuando toda una comunidad sufre pérdidas de este tipo (proceso típico en los desplazamientos forzados), se producen reacciones que se han denominado **duelo cultural** (Eisenbruch, 1984). Se dan cambios sociales y culturales de profunda significación, donde la pérdida de la tierra por el desplazamiento de una comunidad puede significar, por ejemplo, la pérdida de la identidad campesina, del cuidado de los antepasados, etc. Al no poder disponer de los ritos, símbolos y tradiciones se puede dar un “ocultamiento de la identidad”.

Según Martín Beristain (1993) hay indicadores sociales como la conflictividad, delincuencia, violencia familiar, dificultades escolares, abuso de alcohol y drogas, que pueden dar una idea del grado de daño en la comunidad.

3.7. La comunidad frente a la agresión psicosocial

Para mantener su integridad en estas condiciones límites, una sociedad se defiende con mecanismos como tener convicciones firmes, conservar algún control sobre la situación, conocer los métodos y las estrategias del agresor, preservar la autonomía, y afirmar otra realidad posible (Garalzabal y Vázquez 19XX). Autores como

Whitford (1987) , apuntan otros tipos de respuestas como consejos para la población nicaragüense en los momentos en los que vivía la agresión de EEUU:

-La **toma de conciencia** de la población sobre su situación: conocimiento real de esta, del por qué de la misma, del papel que debe jugar cada uno y de la importancia social de éste.

-El **sentimiento de identidad**, que proporciona sensación de seguridad, conectando el sí mismo del individuo con los objetivos de su grupo, su nación, incorporando la cultura de lucha, resistencia, etc. de esa Nación, y conectándose a lo que ese autor denomina Identidad Nacional.

-El **sentimiento de pertenencia**, adquirido al sentirse participante en tareas de la comunidad, y al sentir las luchas de y conflictos de ésta como parte del individuo.

-La presencia de una **nueva moral**, con contenidos o valores que permiten superar los conflictos.

Todas estas alternativas que se han mostrado efectivas durante el momento en el que se vive la guerra, no sirven para cuando esta termina y las condiciones de polarización cambian radicalmente (Moreno, 1994).

La población de los territorios de la antigua Yugoslavia respondió a la guerra con ciertas características específicas. Inicialmente, el ataque directo del agresor a todas las posibles estrategias de defensa descritas, mantuvo a las poblaciones sin posibilidad de respuesta, lo que supuso la desaparición de pueblos enteros, muriendo muchos de sus miembros y quedando dispersos y con poca capacidad de reintegración los supervivientes. La estrategia de ataque, la limpieza étnica, la tortura, el asedio a la población civil, etc., fueron terriblemente efectivas. De hecho, a pesar de los acuerdos de Dayton, muy pocos ciudadanos han podido regresar a su lugar de origen, en el caso de que no esté destruido. La ayuda o control internacional externo ha sido posiblemente una manera eficaz de que sobrevivan muchas poblaciones, que de otro modo habrían desaparecido.

Posteriormente las comunidades encontraron elementos desde donde mantener su existencia y responder a la agresión:

- a) Búsqueda de señas de identidad que los diferenciara de los agresores: En ocasiones se destacaba la *identidad* islámica, con sus señas diferenciales y propias. Por ejemplo en un grupo de exprisioneros de campos de concentración de los que Médicos del Mundo organizó en Mostar una de los temas recurrentes para sus miembros era su necesidad de ser diferentes de sus “vecinos asesinos”, con los que culturalmente ya no podían, -no les dejaban-, identificarse. El conflicto del grupo era si se debía buscar esa diferencia en el Islam). Otra alternativa era la de mantener valores como el interétnico, destacando la tolerancia como *valor diferenciador, nuevo*, que ayudara a dar sentido a la lucha, que se apreció especialmente en lugares como Sarajevo o Tuzla.
- b) Agruparse en asociaciones con fines defensivos y de autoayuda como medio de ejercer algún *control sobre la situación* a la vez de *sentirse partícipes de la lucha común*. Una asociación de este tipo era la asociación de mujeres Sumeja de Mostar.

c) Desde nuestra experiencia, además de los aspectos anteriores que coinciden con los señalados por los autores citados, en el Mostar sitiado observamos una respuesta similar a la descrita en las comunidades protocristianas, donde la supervivencia era el objetivo básico, y donde la solidaridad, el *compartir con el otro* era un valor implícito utilizado para defenderse de la situación: la comida, la casa, eran para aquel que se había refugiado en ella, hasta que se pudiera salir.

La comunidad ejerce su apoyo a través de las **redes sociales** existentes, o los restos de estas. No se trata de redes aparentes, sino de la percepción de los individuos de contar con apoyos y comprensión, de la existencia, pues, de redes funcionales. La mera presencia de ayuda humanitaria o de centros de apoyo, puede no ser funcional. Aunque como se ha insistido que en la guerra se destruyen estas redes, también pueden aparecer otras nuevas como sucede con grupos de apoyo mutuo del tipo de madres de desaparecidos y otras asociaciones de autoayuda. El soporte social actúa como parachoques ante estresores como la pérdida de seguridad, modulando la respuesta individual. Este soporte se puede medir como la solidaridad expresada en actitudes positivas actuadas con respecto a varios segmentos de la sociedad (étnicos, religiosos, ...). A menor soporte social mayor prevalencia de conductas violentas, y también, en el caso de los varones, de suicidio.

Estas interacciones sociales permiten **compartir las experiencias, elemento clave para validar, reconocer, entender y darles significado**. Si no se comparte hay más posibilidad de aparición de problemas físicos y psíquicos (Pennebaker 90). Jaroff-Bulman (1992) encontró que en los campos de concentración cuando se disponía de pareja, se tenían menos problemas cuanto más se hablaba de la experiencia que se sufría. Otros estudios encuentran que puede ser peor expresarse si el estresor está presente, pues puede favorecer rumores, aumento de los mecanismos persecutorios, magnificación de lo ocurrido, ... Además si todo el mundo está afectado es difícil tolerar escuchar a otros y se puede potenciar el aislamiento de quién expresa las cosas.

Similares teorizaciones sobre las respuestas sociales a la agresión política, bélica u otras amenazas podemos encontrarlas en otros autores. Destacan, sobre todo, las estrategias de supervivencia social, señalando que sin éstas el individuo aislado apenas podría responder a la situación. Punamaki (1991) ha encontrado que los chicos palestinos que tienen un nivel menor de disfunción psicológica son los que toman actitudes más nacionalistas dando con ello sentido a la situación. Se puede afirmar que es la comunidad la que provee al individuo la estructura necesaria para organizarse, armarse ideológicamente, y mantener la identidad que permite sobrevivir a la dramática situación cotidiana de la guerra con sus torturas, sus asesinatos, sus amenazas y todos los sentimientos de ansiedad, inseguridad y dolor que trae consigo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arcel LT (1995). *Psycho-Social Help to War Victims: Women Refugees and Their Families*. Zagreb, IRCT.
- Bouthoul, Gaston. (1971). *La guerre*. París. Presses Universitaires de France.
- Central de Inteligencia Americana. (1985). *Manuales de sabotaje y guerra psicológica de la CIA para derrocar al gobierno sandinista*. (1985). Madrid: Editorial Fundamentos
- Coser, Lewis A. (1956). *The functions of social conflicts*. New York. Free Press.

- Cruz JM, González LA (1997). La magnitud de la violencia en El Salvador. *Estudios Centroamericanos ECA*, 52, 953-966.
- Deutsch, Morton (1973). *The resolution of conflict*. New Haven. Yale University Press.
- Díaz del Peral D, Ibáñez Rojo V (1994). Médicos del Mundo. Programa de salud mental en la Antigua Yugoslavia. Madrid.
- Díaz del Peral D, Ibáñez Rojo V, Massip I, Artundo C. Mostar: ciudad de la luz, ciudad de las tinieblas. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 1995, 15 (52), pp 121-123.
- Díaz del Peral D, Ibáñez Rojo V (1996). Socioplastia y psiquiatría. *Revista de la AEN* 1997;
- Eisenbruch M (1984). Cross-cultural aspects of bereavement. II: ethnic and cultural variations in the development of bereavement practices. *Cultural, Medicine and Psychiatry* 8(4): 315-347.
- The ritual space of patients and traditional healers in Cambodia. *BEFEO*, 72(2), 283-316).
- Fornani, Franco. (1966). *Psicanalisi della guerra*. Milano. Giangiacomo Feltrinelli Editore. (tr. esp. Siglo XXI México. 1972)
- Glover, Edward. (1942). *Notas on the Psychological Effects of War Conditions on the Civilian Population III: The 'Blitz' - 1940-41*. *Int. Journal Psych-Anal.* 23, 17-37.
- Janoff-Bulman R. (1992). *Shattered Assumptions: Towards a New Psychology of Trauma*. New York, The Free Press.
- Jones L (1995). On a front line. *British Medical Journal*. 310, 1052-54.
- Martín Baró, Ignacio. (1988). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*. Vol. VII, N° 28 (pp. 123-141).
- Martín Beristain C, Riera F (1993). *Afirmación y Resistencia: La comunidad como apoyo*. Barcelona, Virus Ed.
- Megret, Maurice. (1956). *La Guerre Psychologique*. París. Presses Universitaires de France.
- Moreno-Martín, F. (1991). *Infancia y guerra en Centroamérica*. San José: FLACSO.
- Moreno-Martín, F. (1992). Trastornos psicológicos de la infancia en tiempo de guerra. *Boletín de la Sociedad Madrileña de Medicina de Familia y Comunitaria* Abril, 10-11.
- Moreno-Martín, F. (1993). La polarización, el pretendido mal. *Interacción Social*, 3, 117-132.
- Moreno-Martín, F. (1994). Reinserción de guerrilleros. ¿Entrando en la casa del enemigo?. *Historia Crítica*, 7.
- Morris, Desmond. (1974). *El zoo humano*. Barcelona: Plaza y Janés. 1974)
- Pennebaker, J. (1990). *Opening Up*. New York: Morrow and co.
- Punamaki, R.L. (1989) Political violence and mental health. *International Journal of Mental Health*, 17, 3-15.
- Sherif, Muzafer. (1967). *Group Conflict and Cooperation*. London. Routledge y Kegan Paul Ltd.,
- Solomon Z (1988). Coping, locus of control, social support and combat-related PTSD: a prospective study. *Journal of Personal and Social Psychology*, 55: 279-285.
- Tarde, G. (1890). *Las leyes de la imitación*. Madrid. D.Jorro. 1907.
- Watson P(1978). *War on the Mind. The Military Uses and Abuses of Psychology*. Inc. Publishers, Nueva York, 1978.
- Whitford, Jaime. (1987). Consecuencias psicológicas derivadas de la situación de guerra. (Búsqueda de un nuevo modelo). *Psicología en Nicaragua*. Año I, N° 1, (pp. 10-15).